

## Y SE HIZO LA LUZ... I de Marcos Carrizo Pérez

---

La noche oscura le permitía moverse por los rincones de la mansión sin que nadie le viera. Con sumo cuidado y atento a cada una de sus pisadas, se movía relativamente rápido, como si tratara de retar a los muros de la extensa construcción que parecía tener pasillos interminables.

No tardó en distinguir, entre las múltiples puertas del corredor en el que se encontraba, cuál era la correcta. Aquella que escondía su objetivo.

Los celos le invadieron sin poder evitarlo.

Tanto dinero.

En su mente se mezclaron millones de imágenes de su vida. Su dura y precaria vida.

Tanto poder.

No podía dejar de pensar que, entre los muros que le rodeaban, había más valor que todo el que tuvo en sus manos durante su vida.

Todo...

Su rostro cambió de expresión con rapidez. De concentrado a rabioso.

Trató de centrarse. No podía dejarse llevar por sus emociones.

Tragando saliva y dando los últimos pasos, se posicionó justo delante de la puerta abierta de la habitación a la que tenía que entrar. Observó en su interior y contempló, con ojos cargados de dolor, como una mujer, de edad avanzada, dormía plácidamente en su mullida cama.

¿Cómo puedes dormir tan tranquila sabiendo que hay gente ahí fuera que se muere sin que tú hagas nada?

Más de una pregunta sin respuesta pensó dirigiéndose a la rica.

Entrando en el dormitorio, dio varios pasos hasta acercarse a ella. Cuando sus pies ya rozaban la cama, aguantó la respiración y levantó los brazos. Esperando una víctima a la que poder aferrarse, entre sus manos sujetaba fuertemente un cuchillo aún limpio, dispuesto a alimentarse de la sangre derramada.

¿De verdad quiero que acabe así?

A pesar de todos los sentimientos que se mezclaban en su interior con fulgor, una parte de sí mismo le obligaba a razonar lo que estaba a punto de hacer.

Voy a matar a alguien... Nunca he matado a nadie.

Dejando que la oscuridad ocultara su cuerpo, sintió como las lágrimas brotaron de sus ojos como ríos sin final.

Si la mato, me mancharé las manos de sangre para siempre, pero, si dejo que siga viviendo, será otra persona más que, con tanto dinero, sigue sin hacer nada para ayudarnos a los que nos morimos ahí fuera.

Su cabeza comenzó a dar vueltas.

¿Qué puedo hacer?

Sin poder tomar una decisión, trató de buscar las ventajas y desventajas a su situación.

No quiero tener mis manos manchadas de sangre... Pero, ¿y el dinero? ¿Y lo que me ofrecen?

Un conflicto interno se rebeló con fuerza atacando cada parte de sus recuerdos.

He visto a gente morir desnuda por la calle con su piel llena de bultos, con sus facciones deformadas y con su mente alejada de la propia realidad... ¿Cuántos más tienen que morir así? ¿Por qué no hacen nada? ¡¿Por qué?!

Trataba de encontrar una respuesta plausible para poder limpiar su mente ante un posible asesinato.

Necesitamos un cambio... Y yo puedo formar parte de ese cambio...

Se vio reflejado en el pulido filo del cuchillo. Miró hacia abajo y vio a la mujer durmiendo bocarriba.

¿Qué somos para ti? ¿Qué somos para vosotros? ¿Mierdas andantes? ¿Pobres inútiles? ¿Nos veis acaso como personas?

Cerró los ojos y se dejó llevar por el hecho de que, si no hacía algo, todo seguiría igual y que, si no lo hacía en ese momento, acabaría ensuciando sus pobres manos en algún momento de su futuro.

Si es que tengo uno...

Y, abriendo los ojos lentamente, contempló el arma y a la dueña de la mansión.

Soy pobre y tú eres rica, pero yo soy humano y tú eres un monstruo.

Con el cielo nocturno sobre sus cabezas, la tenue luz de la luna entraba por la ventana acariciando las suaves sedas delicadamente bordadas que cubrían su cuerpo.

Puedes pensar que pierdo mi humanidad, pero, tarde o temprano, la acabaré perdiendo igualmente.

Y, con esto repitiéndose incesante en su cabeza, dejó que todo ocurriera sin más.

Tengo una misión y tengo que cumplirla. Por el bien de todos...

—¿La mataste? —pregunta la mujer joven que se encuentra al otro lado de la mesa que les separa.

—Sí —el monosílabo sale con dificultad de su garganta.

—Bien. La compañía te lo agradece —le sonríe fríamente.

—¿Y mi dinero? —trata de que no le tiemble la voz.

—Sí, claro, el dinero —le mira fijamente.

Sus miradas se cruzan durante unos largos segundos. Abre el cajón de su derecha e introduce la mano. Antes de sacarla, con el supuesto fajo de billetes prometidos, una sonrisa se dibuja en su semblante.

Él la mira recordando una lejana conversación con otra persona.

“La compañía no te dará el dinero. Solo busca utilizarte... Utilizaros... El dinero es un cebo para que los pobres, tan necesitados como tú, queráis conseguirlo a toda costa. Esa es la ventaja que tienen sobre ti... Sobre todos vosotros... El dinero que se os ofrece no existe. Una vez realizado el trabajo, te matarán”.

Manteniéndole la mirada, traga saliva forzosamente.

¿Qué vas a hacer ahora? ¿Hay dinero o no?

Sus pensamientos tratan de controlar la tensión existente en su cuerpo. Aquella conversación le taladra constantemente.

“Si huyes, te matarán. Si vuelves allí, te matarán. Tienen tus datos. Una vez que trabajas para ellos, ya no hay forma de desaparecer. Sin embargo, si vas a morir, que tu muerte no sea en vano. ¿Por qué no darles una lección? ¿Por qué no atacarles para empezar un cambio de verdad? No el que te prometen con el dinero. Uno que merezca la pena realizar”.

Siente que el tiempo pasa muy lentamente. Sus pensamientos se enredan en su cabeza. El brazo de la mujer se asoma por la mesa.

¿Habrá dinero o no?

Le gustaría tener la respuesta. Volviendo la conversación a intercalarse en su mente entre sus pensamientos, siente como un frío sudor recorre su cuerpo.

“¿Y cómo puedo hacer eso?”.

“Simplemente con mi ayuda”.

Esa había sido su contestación.

“Vamos a hacerles mucho daño porque los ricos y los pobres tenemos un enemigo común”.

Y, siguiendo aquellas órdenes formuladas en el pasado, saca algo del bolsillo de su pantalón roto y arrugado.

—¿Qué es eso?

La cuestión se queda en el aire sin respuesta. La mujer no necesita palabras para entender lo que va a ocurrir.

Mientras, en la mente de él, continúa la extensa conversación que tanto le hace dudar.

“Morirás”.

Pone el objeto encima de la mesa.

“Pero tu muerte servirá para algo”.

Con decisión, pulsa el botón de la parte superior de la esfera negra que ha sacado. Un pitido comienza a sonar con fuerza en la pequeña sala.

La mujer, extrañada, le reta con la mirada sin desvelar lo que ha sacado del cajón.

Su memoria sigue recordándole el diálogo que tanto le descentra.

“Tienes que confiar en mí. ¿Cómo te llamas?”.

“Víctor”.

“Muy bien, Víctor. Escucha atentamente el plan”.

Antes de que la bomba que ha accionado explote, su mente reproduce la dulce voz de la víctima que debería haber asesinado. Esta se despertó justo antes de ser acuchillada, apelando a las palabras para intentar salvarse.

—Boom... —le susurra Víctor apoyándose en la mesa.

—¡Hijo de...

—Y, así, damas y caballeros, es como empieza la guerra —la mujer rica, asomada en el balcón de su mansión, vuelve a mirar en el interior de la sala para distinguir varias figuras de diferentes hombres y mujeres de gran poder—. Después de que varios de nosotros hayan muerto, ya era hora de actuar —va pasando su mirada por cada uno de los presentes que le escuchan—. Ya hemos conseguido nuestro primer movimiento —suenan una carcajada sutil cargada de superioridad y de orgullo—. Ahora, les toca mover a ellos.

Diciendo esto, levanta la copa de vino que tiene en su mano y bebe acompañado del resto de comensales.

—Damas y caballeros, nos hemos alzado al fin contra esa insufrible compañía. Contra nuestro mayor enemigo.

Su visión cambia con rapidez, del interior de la sala con la gente riendo y bebiendo, a la extensa explanada que permite ver, un poco más lejos, una columna de humo causada por una explosión. La mujer sabe bien el origen y el lugar exacto del gratificante espectáculo sucedido en la distancia.

Bebiendo de nuevo, contempla por un valioso telescopio instalado en el balcón para la ocasión, como una nube de billetes medio calcinados revolotea por los alrededores de la explosión.

—Idiota... —se ríe ante su victoria.

La luna, espectadora de todo lo que ocurre, y, como si se quisiera esconderse ante todo lo que se avecina, desaparece tras las nubes oscureciéndose la noche.

Y dijo Dios: “Hágase la luz”.

“Tic”, un nuevo botón es apretado.

La mansión se colapsa ante una fragante explosión que dinamita los pilares que la sustentan, matando a todos los que están dentro.

Y se hizo la luz...

Víctor sonrío siniestramente al contemplar su doble hazaña, pensando ya en su segundo movimiento.